

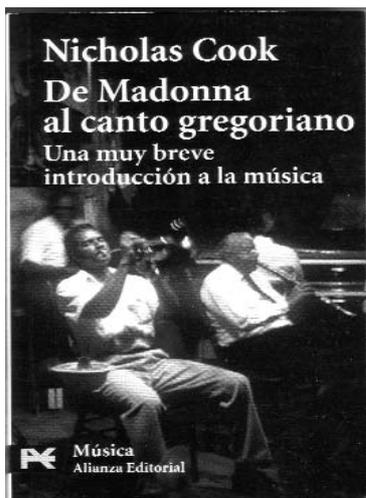
COOK, Nicholas: *De Madonna al canto gregoriano. Una muy breve introducción a la música*, Madrid, Alianza, 2005 (Trad. Luis Gago)

Valentín Serrano García

Las palabras no tienen el mismo significado en diferentes culturas, épocas o estratos sociales del mismo modo que la ignorancia hace creer que así es. Hoy en día el idioma se ha vuelto poco flexible siguiendo aquella máxima de Nietzsche que nos advertía de que las palabras son metáforas aunque, lamentablemente, lo estábamos empezando a olvidar.

El pensamiento y el lenguaje bien pueden ser la misma cosa y por ello, un lenguaje que se vuelve tecnocientífico -reduccionista y unidireccional- al mismo tiempo que se imbrica en la actual realidad económico-mercantil, construye un pensamiento empobrecido, unánime y tan sumamente coyuntural que se ve imposibilitado como para aprehender la variedad de significados, mensajes y lecturas que se esconden tras aquello que designamos como música.

Es imposible hablar de música sin incurrir en metáforas: términos tan simples como *altura*, *textura*, *armonía* o *color* lo son por derecho. Al sustraerles dicha cualidad incurrimos en una torpeza que ya está pasando factura a los conservatorios, sonidos, oído y



pensamiento. Recordemos que hubo un tiempo en el que música no significaba encender un aparato electrónico y sentir una constante vibración de fondo mientras uno realizaba otras actividades.

Del mismo modo, tampoco significaba ponerse un traje de etiqueta, acudir a un local decimonónico, seguir un protocolo arcaizante y, rodeado de rancias expresiones, observar un aséptico espectáculo plástico donde se escuchaba, año tras año, la misma interpretación de la archiconocida Novena de Beethoven. Nicholas Cook confía en el valor arquitectónico de las palabras: por medio de ellas se puede invertir la reinante y desoladora situación musical, edificando, gracias a la educación, una nueva sensibilidad y capacidad crítica que nos haga valorar la música en sus múltiples facetas.

Toda música que se mantiene única, fija y estática es una música muerta, y por ello hemos de confiar en que el lenguaje (sea escrito, oral o sonoro) siga siendo medio de concienciación, revitalización y reinterpretación.

E. M. Cioran decía que un libro que no se destruye a sí mismo después de haberlo leído es un libro fallido. Si nuestro filósofo tenía razón, aquel que sepa entender esta breve obra habrá cruzado las puertas de la inercia cultural en la que nos vemos envueltos hoy en día y se verá obligado a indagar más en algunos de los múltiples campos que este musicólogo sutilmente roza, por lo que el libro dejará ya de tener valor. Pero para ello antes hace falta despojarse de cualquier elitismo, de los prejuicios, de los falsos gustos –heredados o inculcados-, y no individualmente educados- y de las gratuitas execraciones que, en nuestro desconocimiento de las cosas, tanto nos gusta proferir. Leer a Nicholas Cook con paciencia, reflexionando capítulo a capítulo, nos puede dar la clave aproximada de lo que realmente significa el término música. Música ni significa ni quiere significar producto musical, belleza o genio. Buscar exclusivamente diversión y descanso en la música o en cualquier arte, máxime si se hace al amparo de una autoridad, significa no entender en absoluto ni su naturaleza compleja ni el efecto social e ideológico que sobre nosotros ejerce. Por ello, Cook afirma que necesitamos entender los auténticos funcionamientos y, sobre todo, los encantos de la música, para **protegermos** contra ellos al mismo

tiempo que, paradójicamente, los disfrutamos más y mejor. Quién crea que no lo necesita será, sencillamente, porque no le interesa la música.

Nicholas Cook no forma parte de ámbitos contraculturales ni revolucionarios. Como musicólogo en Cambridge expone con rigor y amenidad los problemas que hoy en día arrastra la música clásica y los conservatorios en gran parte del globo al haber eliminado la interpretación, homogeneizando un arte tan antiguo como el mismo hombre; mitificando las figuras de Mozart y Beethoven, planteando que los autores anteriores están a menor nivel cualitativo; centrándose únicamente en repertorios occidentales, sugiriendo que el resto no tienen el mismo interés; educando según principios únicamente formalistas, biográficos y románticos –superados ya por otras instituciones culturales-; divinizando la partitura, al dogmatizar su lectura e interpretación, y un continuo etcétera. Cook expone dichos problemas con un tono airoso y fresco que puede ocasionar que el lector pueda pasar por encima de acuciantes problemas sin casi darles importancia, pero que, a pesar de todo, ha de agradecerse. Un tono grave, denso y excesivamente crítico no sólo habría levantado ampollas en un mundo cultural donde parece que solo tienen cabida libros amables, palabras elegantes y análisis pseudo-objetivos, sino que, además, se haría duro de aceptar para el lector medio, acostumbrado al mundo editorial que hemos descrito.

Fuera como fuese, Nicholas

encuentra el lector que desee hacer oídos sordos a tópicos y simplismos o, sencillamente, que quiera emprender el apasionante camino hacia una verdadera comprensión de la esencia de la música. ¡Ojo! Sólo para quien quiera emprenderlo, pues como ya dijimos con anterioridad, este libro solo sirve para cruzar las puertas de la ignorancia: se trata únicamente de una *breve introducción*, siendo en esos términos en los que los estamos juzgando. Y quizás precisamente en su humildad se halle su grandeza.

El libro podría tildarse de comprometido si no fuera por el tono moderado y pseudo-objetivista que toma en su mayor parte, lo que no le supone un problema a la hora de defender la teoría crítica de Adorno y/o la teoría constructiva del conocimiento llevada a la música, criticar elegantemente los estudios de armonía o defender a capa y espada, aun indirectamente, la labor de interpretación basada en la variedad, la conjetura, la duda y la realización personal. Por otro lado, aunque en ocasiones se advierten leves posicionamientos subjetivos –lo que se agradece–, lo que más abunda son las agresiones (directas e indirectas) a ciertas *situaciones* y *mitos*, causantes de esa esclavizante admiración acrítica que tantos sienten ante el nombre de Beethoven o hacia la estética clásico-romántica.

Nicolas Cook parte de acertados supuestos: la música no es un lenguaje universal, la MÚSICA cumple funciones sociales muy claras y un concierto puede ser un acto de afirmación de clase, étnica y/o de género. Nuestro autor sabe

que la música no es, ni ha sido, meramente estética, sino, sobre todo, ética (e ideológica). Por todo esto, hoy en día se hacen necesarias más publicaciones sobre este tema. ¿Por qué la música invade nuestras casas, el metro, los coches, las iglesias y los grandes almacenes? ¿Por qué Joseph Kerman teme que la música clásica la estén haciendo envejecer mal los propios profesionales? ¿Por qué sentimos que la música “clásica” contemporánea –Schönberg, Ligeti– es inaccesible? Cook no nos dará, probablemente, respuestas definitivas. Sencillamente, nos pondrá en el camino de resolverlas enseñándonos que la apreciación y comprensión de la música es algo demasiado importante como para dejarlo únicamente en manos de especialistas.

Para concluir nos gustaría subrayar que, aunque puede producir desconfianza que un libro de reducidas dimensiones (segunda reimpresión por Alianza bolsillo) lleve un título tan pretencioso –e incluso ostentoso–, hemos de recordar que el título original del libro era *Music: A Very Short Introduction*, por lo que el título en castellano ha de ser considerado, bajo nuestro punto de vista, un tanto desafortunado. Éste, además de no cumplir una labor informativa o poética, no hace justicia al vasto recorrido que Cook plantea. Más difícil me resulta hacer una valoración sobre el tipo de cubierta y calidad de impresión, puesto que, aunque es posible que esta obra mereciera otro tipo de formato, no debemos minusvalorar el hecho de que así cualquier estudiante mínimamente

Cook no sólo se queda en exponer aquellos problemas. Si así fuera, no estaría diciendo nada que no se lleve diciendo en países como el nuestro desde hace más de 50 años. La novedad de Cook consiste en ser capaz de relacionar dichos problemas con otra serie de factores de importancia similar que habrían sido olvidados en cualquier introducción general a la música. Rock, Jazz, las Spice-Girls, la música tradicional China y el mismísimo Beethoven pueden aparecer en el libro cuando menos se espera a través de siete capítulos que forman una progresión en crescendo.

Es difícil sistematizar la estructura y metodología que nuestro autor utiliza en este libro, dado que, más allá de la división por capítulos, no se plantea límites precisos a la hora de abordar ciertos temas. Lo que sí que resulta más fácil es situar a nuestro autor cerca de ciertos posicionamientos postmodernos sin que por ello sea mi intención expresar, al menos en este caso, cualquier tipo de significación negativa. La musicología moderna inglesa y americana –concedora de los *cultural studies*- ha conseguido, en los últimos 30 años, un influyente papel a la hora de intentar revitalizar el académico mundo de la música clásica, al enseñarnos que los distintos fenómenos musicales (históricos, geográficos y sociales) deben ser estudiados y analizados desde presupuestos distintos de calidad y cualidad, al mismo tiempo que se ha dedicado a analizar y estudiar fenómenos musicales considerados tradicionalmente “low cult”. Ello ha traído consigo dos consecuencias sociales.

Por una parte se ha llegado a un excesivo relativismo: una obra de David Bisbal es lo mismo que *La Flauta Mágica* de Mozart. Por otra, se ha conseguido que una obra de David Bowie no se infravalore por usar medios y fundamentos divergentes de los de la música clásica del llamado estilo convencional

De este modo, Nicolas Cook forma parte de esa sincera herencia musicológica, en la vía de Joseph Kerman o Richard Taruskin –autoridades cuyas teorías no duda en mencionar-, que buscan no sólo continuar ese proceso iniciado hace más de 30 años, sino también concienciar a profesionales, intérpretes y oyentes en toda una serie de cuestiones que se plantean a lo largo de 180 páginas. Al mismo tiempo esa escuela lucha contra el excesivo relativismo que parece haber prendido en algunos musicólogos provincianos, siendo capaz incluso de mostrar altas dosis de capacidad autocrítica. La relación entre Cook y dicha vanguardia también se hace patente al incluir un capítulo donde aborda, con suma elegancia, cuestiones de música y género desde un posicionamiento correcto y bienintencionado. Baste añadir al respecto de lo comentado que no faltan hoy en día libros sobre música que introduzcan todas las novedades de esta escuela musicológica a la hora de analizar cualquier tipo de temas relacionados con el arte de los sonidos. Pese a ello, en castellano aún encontramos pocos ejemplos, lo que hace que este pequeño libro se haga más necesario todavía, siendo una de las pocas armas con las que se